

LA FUNCIÓN DE LA NATURALEZA EN LA POESÍA

THE ROLE OF NATURE IN POETRY

A FUNÇÃO DA NATUREZA NA POESIA

Alberto David Salazar Granda*

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima
alberto.salazarg@unmsm.edu.pe
ORCID: 0009-0000-7319-1838

Recibido: 16/02/2025

Aceptado: 12/03/2025

* Candidato a magíster en Escritura Creativa por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su investigación explora la relación entre naturaleza, poesía y pensamiento contemporáneo. Este artículo se basa en su tesis de maestría.

Resumen

Este artículo teórico explora las múltiples representaciones de la naturaleza en la poesía, abordando su evolución desde las cosmovisiones arcaicas que la conciben como sagrada hasta las perspectivas contemporáneas de la ecocrítica. Se analizan cinco enfoques principales: la naturaleza como expresión de lo divino, su objetivación materialista en la modernidad, su función como guía espiritual, su dimensión psicoanalítica a través de la imaginación material de Bachelard y su agencia ética en el marco de la crítica ecológica. A lo largo del texto, se argumenta que la poesía, al dialogar con la naturaleza, trasciende lo estético para plantear cuestionamientos filosóficos, espirituales y socioambientales, evidenciando la interdependencia entre lo humano y lo no humano y subrayando la necesidad de un nuevo ethos ecosistémico.

Palabras clave: naturaleza, poesía, ecocrítica, trascendentalismo, psicoanálisis, paisaje, ética ambiental.

Abstract

This theoretical article explores the multiple representations of nature in poetry, addressing its evolution from archaic worldviews that conceive it as sacred to contemporary perspectives of ecocriticism. Five main approaches are analyzed: nature as an expression of the divine, its materialistic objectification in modernity, its role as a spiritual guide, its psychoanalytic dimension through Bachelard's material imagination, and its ethical agency within the framework of ecological criticism. Throughout the text, it is argued that poetry, in dialogue with nature, transcends the aesthetic to pose philosophical, spiritual, and socio-environmental questions, highlighting the interdependence between the human and the non-human and emphasizing the need for a new ecosystemic ethos.

Keywords: nature, poetry, ecocriticism, transcendentalism, psychoanalysis, landscape, environmental ethics.

Resumo

Este artigo teórico explora as múltiplas representações da natureza na poesia, abordando sua evolução desde as cosmovisões arcaicas que a concebem como sagrada até as perspectivas contemporâneas da ecocrítica. São analisadas cinco abordagens principais: a natureza como expressão do divino, sua objetificação materialista na modernidade, seu papel como guia espiritual, sua dimensão psicanalítica através da imaginação material de Bachelard e sua agência ética no âmbito da crítica ecológica. Ao longo do texto, argumenta-se que a poesia, ao dialogar com a natureza, transcende o estético para apresentar questionamentos filo-

sóficos, espirituais e socioambientais, evidenciando a interdependência entre o humano e o não-humano e enfatizando a necessidade de um novo ethos ecossistêmico.

Palavras-chave: natureza, poesia, ecocrítica, transcendentalismo, psicanálise, paisagem, ética ambiental.

Introducción

La representación de la naturaleza en la literatura ha transitado múltiples senderos a lo largo de la historia del pensamiento. Desde las cosmovisiones arcaicas, que vinculaban el paisaje con fuerzas sagradas, hasta las actuales corrientes ecocríticas que denuncian la instrumentalización del entorno, la naturaleza se erige no solo como un motivo estético, sino también como un elemento fundacional de la experiencia humana. En un contexto global marcado por el cambio climático y la creciente preocupación medioambiental, estudiar las maneras en que la poesía se relaciona con el mundo natural cobra renovada vigencia.

Este artículo propone un recorrido por diferentes abordajes de la naturaleza, señalando cómo esas ideas se plasman y dialogan en la creación literaria. Se examina, primero, la religiosidad que asocia el cosmos con lo divino y que, en el pensamiento de los pueblos antiguos o en la teología cristiana, imprime a cada elemento un carácter sacro. Después, se aborda la transformación moderna que ve la naturaleza como finalidad, anclada en la materia y la racionalidad científica, seguida de su resignificación como espacio de revelación interior o guía espiritual. A continuación, se explora la postura antimetafísica, que exalta el valor del mundo sensible sin recurrir a explicaciones trascendentes. Posteriormente, se revisa los elementos naturales —fuego, agua, aire y tierra— y la manera en que movilizan arquetipos profundos en la imaginación del poeta. Finalmente, se atiende a la lectura ecocrítica, revelando que la literatura no solo describe la naturaleza, sino que la convierte en agente de denuncia y resistencia frente a las fuerzas alienantes del capitalismo y la tecnocracia.

A través de este itinerario, se evidenciará que la poesía, en juego con la naturaleza, es polifacética: puede ser sagrada y materialista, mística y crítica, ensueño subconsciente y denuncia social. Tales rasgos subrayan la importancia de analizar los textos literarios de forma integral, valorando su contexto filosófico y espiritual, así como su posición en el debate contemporáneo sobre la explotación de los recursos y la necesidad de una ética ecosistémica. La interconexión entre lo humano y lo no humano, frecuentemente desplegada en símbolos, metáforas o personificaciones, trasciende lo meramente estético y plantea una lectura que atiende las tensiones contemporáneas.

Marco teórico

Naturaleza sagrada: la religiosidad cósmica

Desde sus orígenes, las sociedades arcaicas concibieron el entorno natural como un ámbito sagrado. Mircea Eliade (1957) subraya que “para el hombre religioso, la Naturaleza nunca es exclusivamente ‘natural’: está siempre cargada de un valor religioso” (p. 81). En esta línea, los elementos cósmicos —el cielo, las aguas, la tierra— funcionan como ontofanías y hierofanías capaces de manifestar el ser divino. De acuerdo con el autor, en las culturas tempranas, el orden universal se ve impregnado de símbolos que revelan la presencia de una fuerza trascendente. El firmamento, por ejemplo, se contempla como espejo de lo infinito y lo divino, mientras que la Tierra-Madre es reconocida como la gran generadora y nodriza (Eliade, 1957). Para estas primeras comunidades, la experiencia religiosa se halla cimentada en ritos, mitos y visiones que estrechan la vinculación entre el cosmos y la propia existencia. Así “los dioses [...] han manifestado las diferentes modalidades de lo sagrado en la propia estructura del Mundo y de los fenómenos cósmicos” (p. 81). Consecuentemente, cada suceso natural, desde el ciclo estacional hasta el discurrir de un río, participa de un orden suprahumano que suscita veneración y asombro.

La concepción religiosa de la naturaleza, sostenida durante la Edad Media por el cristianismo, se expandió con perspectivas posteriores como la de Emanuel Swedenborg. Su teoría de las correspondencias plantea que todo en el mundo natural y humano posee un significado metafísico más allá de su apariencia visible. Desde animales, plantas y minerales hasta experiencias cotidianas como el sueño o el hambre, cada elemento encierra un sentido espiritual que coexiste con su realidad externa. Aquí tienes una versión mejorada:

La concepción swedenborgiana influyó en el romanticismo, donde el paisaje se enriqueció con la proyección subjetiva de los estados anímicos de la voz poética, como se aprecia en los versos de Goethe en su poema “A la luna”: “¡Oh tú, la hermana de la luz primera, / símbolo del amor en la tristeza! / Ciñe tu rostro encantador la bruma, / orlada de argentados resplandores” (Goethe, s.f.). Asimismo, permeó el simbolismo, que exaltó la vivencia sensorial y la búsqueda de significados ocultos, como expresa Baudelaire:

*La Natura es un templo donde vividos pilares
Dejan, a veces, brotar confusas palabras;
El hombre pasa a través de bosques de símbolos
que lo observan con miradas familiares.*

*Como prolongados ecos que de lejos se confunden
En una tenebrosa y profunda unidad,
Vasta como la noche y como la claridad,
Los perfumes, los colores y los sonidos se responden.*
(Baudelaire, 2008, p. 124)

Naturaleza objetiva y la poética del paisaje

Si la visión sacra de la naturaleza concibe lo cósmico como un ámbito pleno de significados trascendentes, Lucrecio representa, en *De rerum natura*, el paso hacia una comprensión centrada en los principios materiales y físicos del universo. Afirma que “ninguna cosa nace de la nada; el caos aparente

de los eventos naturales refleja un sistema estructurado por principios inmutables” (Lucrecio, 2015, p. 62), desplazando así la causalidad de lo divino a lo atómico. Este enfoque —por el cual la materia constituye la base de lo real— influirá en la eclosión del pensamiento científico del Renacimiento, cuando los intelectuales retoman la herencia clásica para armonizarla con nuevos métodos de indagación empírica y sistematización racional. Los ilustrados radicalizan tal planteamiento a través de la investigación científica: buscan leyes universales que expliquen el mundo, lo que, literariamente, alienta descripciones más objetivas y un interés sistemático por captar la realidad exterior.

A través de este influjo, la idea de naturaleza objetiva irrumpe en la modernidad poética. Algunos autores modernistas, por ejemplo, comienzan a celebrar la riqueza del entorno por sí mismo. En la poesía peruana, José Santos Chocano dice en “El derrumbe” (1989):

*Un fondo de floridos cafetales
salta a la vista. Al flanco de la casa,
árboles que se yerguen colosales
un bosque forman que ni el sol traspasa:
finge un nido de cóndores, un nido
ante inmensos barrancos suspendido.*

Así, la geografía deja de ser exclusivamente un decorado para la épica o la emoción íntima y asume un lugar central, obligado de ser contemplado y cantado, aun cuando se mantenga el trasfondo subjetivo de la lírica. Esta poética del paisaje no anula la fuerza interior del yo, pero sí reivindica lo externo como realidad autónoma. Las referencias al valle, a la fronda, a la costa o la montaña se cargan de simbolismo y musicalidad, pero adquieren independencia: la naturaleza ya no es mero reflejo de estados de ánimo, sino protagonista que exige ser descrito y sentido.

Naturaleza salvaje como maestra espiritual

Mientras la naturaleza sagrada subraya lo divino en lo cósmico y la poética del paisaje celebra lo material y tangible, la noción de naturaleza salvaje o en su estado original, desarrollada por el trascendentalismo norteamericano, nos lleva al encuentro con lo esencial, despojando al ser humano de las imposturas culturales para revelar su verdadera identidad. Así, Emerson (2020) sugiere que “Naturaleza, en su sentido común, se refiere a las esencias inalteradas de lo humano: el espacio, el aire, el río, la hoja” (p. 9). Este giro conceptual, además de comprender la naturaleza como venerable, la asume como agente de revelación interna: la naturaleza “desartificializa” al ser humano, recordándole su filiación orgánica con el mundo y ofreciéndole una vía para trascender las inercias culturales o sociales que enajenan su experiencia.

Sobre la tierra desnuda —con mi cabeza bañada por el aire libre e inmerso en el espacio infinito—, desaparece todo rastro de egoísmo. Me convierto en un transparente globo ocular; no soy nada; veo todo; las corrientes del Ser Universal me atraviesan; soy parte o partícula de Dios. (p. 11)

Por su parte, Thoreau (2017), otro gran trascendentalista, afirma que «lo más vivo es lo más salvaje» (p. 10), sugiriendo que la esencia vital reside en lo indómito, no en las estructuras artificiales de la civilización. Dice: “no hallo esperanza ni futuro para mí en los céspedes y los campos cultivados, ni en pueblos y ciudades, sino en los marjales impenetrables y movedizos” (p. 11), una aspiración que materializa con su retiro a la cabaña de Walden.

La experiencia espiritual en la naturaleza, entonces, no solo transforma al individuo, sino que también denuncia los sistemas económicos y sociales que distorsionan la comunión natural. Thoreau (2021) advierte:

Por avaricia y egoísmo, y gracias a esa costumbre servil de la que nadie se libra y que permite considerar la tierra como una propiedad, o como el medio para adquirir una propiedad, el paisaje se deforma, la agricultura degenera con nosotros y el granjero lleva una vida mezquina. Sólo conoce la naturaleza como un ladrón. (p. 110)

De este modo, la naturaleza salvaje no solo simboliza un retorno al origen, sino también un acto de resistencia frente a las imposiciones de la modernidad. A través de su contemplación y convivencia, autores como Emerson y Thoreau reivindican un estado de autenticidad que libera al individuo de las cadenas culturales y materiales, proponiendo un modelo de existencia más simple, armónico y pleno.

Naturaleza y psicoanálisis: Imaginación material de los elementos

En la búsqueda por teorizar el vínculo profundo entre el mundo natural y la psique humana, Gaston Bachelard (2022) introduce una perspectiva fenomenológica y psicoanalítica que sitúa los grandes elementos naturales como ejes simbólicos capaces de nutrir la poética personal de un autor: “Es posible fijar, en el reino de la imaginación, una ley de los cuatro elementos que clasifique las diversas imaginaciones materiales según se vinculen al fuego, al aire, al agua o la tierra” (p. 12). Así, a través de su materialidad, estos componentes naturales ejercen una influencia íntima sobre la imaginación poética y el subconsciente, evocando imágenes primordiales que yacen bajo la superficie del texto.

El fuego, al que Bachelard (2021d) define como el más transformador, encarna la dinámica de la pasión, el impulso erótico y la creatividad exuberante. Quema y purifica a la vez, condensando la polaridad de la existencia; la llama seductora que ilumina puede convertirse en una fuerza destructora y consumidora:

El fuego es íntimo y universal. Vive en nuestro corazón. Vive en el cielo. Sube desde las profundidades de la sustancia y se ofrece como un amor. Desciende en la materia y se oculta, latente, contenido como el odio y la venganza. Entre todos los fenómenos, verdaderamente es el único que puede recibir netamente dos valoraciones contrarias: el bien y el mal. (pp. 17-18)

La poesía se vale de esta materialidad para plasmar la intensidad de los sentimientos humanos: el amor vehemente que enciende y el arrebató que devasta. El fuego puede encender la chispa creadora o abrasar lo que toca.

En contraste, el agua se despliega como el emblema de la introspección y la renovación. Bachelard (2020) alude a su fluidez y a la quietud aparente de la superficie como espejos del alma: el agua invita a la meditación, al reencuentro con lo olvidado, pero también al flujo incesante que sugiere cambio y renovación. La poesía hallará en ríos, lagos o mares una vía para expresar la nostalgia, el anhelo o la purificación. Sumergirse en el agua puede evocarnos el retorno al origen, la matriz de la vida; contemplarla, la contemplación de un misterio que fluye y se transforma sin cesar, reflejando al mismo tiempo las obsesiones y esperanzas: “El agua disuelve más completamente, nos ayuda a morir del todo. [...] Poco a poco el mundo entero se reúne bajo el agua. Todo está disuelto” (p. 138).

El aire, por su parte, remite a la ligereza y al deseo de ascender hacia lo invisible, algo que Bachelard (2021a) señala como la encarnación de la libertad y la trascendencia. “Parece que el ser que vuela rebasa la misma atmósfera; que un éter se le brinda siempre para que deje a sus pies el aire; que un algo absoluto perfecciona la consciencia de nuestra libertad” (p. 21). El viento, las alas, el cielo o las nubes no solo ilustran el escape y la aspiración de volar, sino que abren la posibilidad de una imaginación dinámica que prioriza el movimiento vertical, tanto el de la ascensión como el de la caída. Para el inconsciente, el aire se asocia con la movilidad del pensamiento, la capacidad

de “respirar” nuevas posibilidades y la alegría de viajar sin ataduras por territorios imaginarios.

Por último, la tierra introduce la dimensión de la intimidad y la voluntad. Bachelard (2021b) sostiene que en su reposo se concentra la idea de amparo y protección, donde la condición humana halla sentido de pertenencia. De forma complementaria, Bachelard (2021c) concibe la tierra como un reto activo que incita la labor transformadora de la mano humana. Esta dualidad —tierra fértil y segura frente a su faceta de trabajo y desafío— confiere a la tierra un significado bivalente: la materia que cubre y nutre la vida, o la materia que resiste y debe ser modelada. “En efecto, es posible sentir en acción, en muchas imágenes de la tierra, una síntesis ambivalente que une dialécticamente el *contra* y el *dentro* y que muestra una solidaridad entre los procesos de extroversión y los procesos de introversión” (2021b, p. 13). El inconsciente reacciona a ambas posibilidades, sintiendo en la solidez del suelo una fuente de estabilidad y, al mismo tiempo, un impulso a trascenderla. En conjunto, la imaginación material de Bachelard ilumina la manera en que el fuego, el agua, el aire y la tierra rebasan su condición exterior para insertarse en la vida psíquica del individuo. La poesía, entonces, se torna un espacio privilegiado donde estos elementos dialogan con el subconsciente, despertando energías afectivas y existenciales profundas.

Naturaleza y ecocrítica: Agencia y ética del ecosistema

Más allá de su dimensión simbólica, la naturaleza despliega una agencia propia que interpela al ser humano como un ecosistema con derechos y dinámicas que exigen atención. Este reconocimiento se torna aún más crucial en el contexto contemporáneo, donde las crisis ambientales han impulsado el desarrollo de la ecocrítica como un enfoque invita a repensar nuestra relación con el planeta. Una de sus contribuciones es el señalamiento de la agencia que poseen los seres vivos, con la

consiguiente exigencia ética: la convivencia no debe guiarse por lógicas unilaterales. En este contexto, Coccia (2020) describe a las plantas como arquitectos de la vida en la Tierra, capaces de modelar la atmósfera e interpelar a todos los seres en una red de interdependencia, donde lo humano y lo no humano forman una sola totalidad viviente:

No se puede separar —ni física ni metafísicamente— la planta del mundo que la acoge. Ella es la forma más intensa, más radical y paradigmática del estar-en-el-mundo. Interrogar las plantas es comprender lo que significa estar-en-el-mundo. La planta encarna el lazo más íntimo y elemental que la vida puede establecer con el mundo. (p. 19)

Esta perspectiva resuena con la dimensión ética que la ecocrítica defiende al asumir a la naturaleza como sujeto activo: La protesta frente a los proyectos extractivistas que, especialmente en América Latina, evidencian hasta qué punto el planeta es concebido como un recurso a explotar.

Desde este punto de vista, la naturaleza [...] es representada como un lugar que se ve impactado por los problemas y los conflictos causados por la acción humana y el aprovechamiento de los recursos naturales. [...] La literatura, sin dejar de ser una creación estética, aborda, en nuestros días, la crisis ecológica asumiendo un sentido crítico y cuestionador. (Salazar Mejía y Leonardo Loayza, 2023, p. 2)

De fondo, la literatura que asume el prisma ecocrítico no se limita a enunciar el daño ecológico: postula la presencia de una naturaleza dotada de autonomía, dinámica y agente. Más allá de lo estético, la literatura ofrece un espacio donde la naturaleza habla, se defiende, o incluso se venga de su menosprecio. Se trata de reconocer que toda existencia habita una esfera de reciprocidad, en la que los gestos de abuso y descuido ponen en riesgo el delicado equilibrio del planeta.

Discusión: naturaleza y poesía

La reflexión sobre la naturaleza en la poesía se enmarca en diversas aproximaciones que revelan la riqueza y complejidad de este concepto. Puede entenderse, por un lado, como la totalidad del cosmos, en la que todo ser y fenómeno participa de un orden mayor que a menudo se percibe como sagrado o trascendente. Por otro lado, se concibe como lo salvaje o no alterado; ese ámbito que permanece relativamente intocado y que resulta un contrapeso a la cultura y la técnica. Además, la naturaleza refiere también a la esencia de algo, es decir, su estado más genuino, libre de artificios. Esta variación de sentidos subraya la plasticidad del término: describir la naturaleza en la poesía implica escoger entre estos matices o incluso combinarlos en un discurso multifacético.

En el plano literario, dicha ambivalencia se refleja en la tensión entre la descripción fiel y la proyección subjetiva. La escritura poética puede ofrecer retratos muy concretos de montañas, valles, ríos o seres vivos, pero tan pronto se recurre a la metáfora o al símbolo, la naturaleza adopta nuevos significados que se superponen a sus atributos sensoriales. Esta combinación potencia la exploración de los sentidos: la belleza del paisaje se torna experiencia estética, disparador de asombro o de melancolía. A veces, lo natural deviene cómplice bondadoso de la aventura humana, pero también puede exhibir un rostro salvaje o destructivo, generando una actitud percibida que va de la ternura a la fiereza.

En ocasiones, hay un paso hacia la humanización de la naturaleza, confiriendo voz y rasgos del carácter humano a los bosques, aguas o animales. Mientras que en otros casos, se produce un “surrealismo natural”, donde los elementos se combinan de modo onírico, rompiendo la verosimilitud y arrojando luces sobre la psique o la condición existencial. Tal mutación de roles se percibe también en la manera en que la naturaleza actúa como locutor, locutario o simple referente en los poemas.

En ciertos poemas, no solo se aborda la naturaleza en tercera persona, sino que es esta quien asume la voz poética, interpe-lando al hombre, exponiendo su agotamiento o resistencia ante su desgaste. En otras ocasiones, asume el rol de locutario como destinataria de confidencias y afectos. Estos matices sugieren que, en la interpretación de los poemas sea también una explo-ración de posturas éticas respecto al modo en que la sociedad explota y transforma los entornos naturales.

Aun en sus vertientes más intimistas, la función de la natu-raleza en la poesía insinúa la posibilidad de un reencanta-miento del mundo: un regreso a la contemplación sensorial, a la apertura espiritual y a la consciencia de interdependencia biológica. La noción del *ser o estado natural* deviene aquí una invitación a deshacerse de convenciones sociales y económicas que distorsionan lo esencial, y a recobrar la “vida simple” o el “tiempo lento” que armoniza con los ritmos orgánicos. Así, la fusión entre lo humano y lo natural, no solo modela la sensi-bilidad estética de la poesía, sino que alienta a reformular la pertenencia del hombre en el tejido universal, donde la Tierra ya no es un mero escenario ni un conjunto de recursos, sino un sistema vivo, digno de contemplación y respeto.

Conclusiones

Se ha demostrado, en primer lugar, que la noción de la natura-leza sagrada reviste un papel esencial en la concepción arcaica del mundo. Desde las sociedades tempranas hasta la teología cristiana y visiones sincréticas posteriores, la naturaleza ha sido comprendida como un ámbito dotado de sacralidad, don-de elementos como el cielo, la tierra o las aguas participan de un orden trascendente. Tal religiosidad cósmica ha otorgado a cada fenómeno natural un carácter venerado que estrecha la relación entre lo humano y lo divino.

En segundo lugar, se ha evidenciado que la idea de la natu-raleza como fin surge con las posturas materialistas y científi-

cas (en especial a partir de Lucrecio), que ubican la causalidad en lo físico antes que en lo divino. Este nuevo enfoque promueve una atención renovada a la realidad exterior, motivando en la poesía la celebración de la riqueza sensorial y la autonomía del entorno. De esta forma, la materia deja de ser un simple decorado para constituir la sustancia misma de la experiencia humana, lo que consolida su valor literario y estético.

En tercer lugar, se ha argumentado que la naturaleza actúa como guía espiritual, no solo a través de una contemplación sagrada, sino también mediante un proceso de “desartificialización” que reconecta al individuo con su filiación orgánica, al tiempo que denuncia los sistemas económicos y sociales que distorsionan la relación natural de comunión con el entorno. En este sentido, la poesía asume la tarea de reflejar la interdependencia entre lo humano y lo cósmico, operando como recurso de transformación personal y crítica social.

Asimismo, se ha corroborado que el psicoanálisis de los elementos explica cómo fuego, agua, aire y tierra encarnan arquetipos que dialogan con la imaginación profunda del sujeto. Cada uno de estos elementos pone en juego deseos, recuerdos y tensiones que, a través de la poesía, se integran en símbolos universales. Así, se comprende que la naturaleza opera como matriz simbólica que no solo rodea al poeta, sino que penetra en su inconsciente, impulsando la creación y modulando la lectura de la realidad.

También se ha puesto de manifiesto, a través de la ecocrítica, que la naturaleza puede concebirse como un auténtico actor en la trama vital, dotada de agencia y digna de una ética del cuidado. Tanto en la exploración del reino vegetal como en la relación con la fauna y los paisajes, la literatura no se limita a lamentar la degradación, sino que propone perspectivas de reciprocidad y horizontalidad. Esta conciencia literaria conlleva una crítica directa al extractivismo y al desprecio por lo no humano, al tiempo que insta a la solidaridad con el planeta y a la reconciliación entre cultura y naturaleza.

Finalmente, la sección de Discusión ha demostrado que la poesía sobre la naturaleza no constituye un discurso unitario, sino un entramado de variables que abarcan el concepto mismo de naturaleza, la tensión entre descripción y proyección, la exploración sensorial, la percepción del entorno como benigno o cruel, los componentes estilísticos, la personificación o surrealización y el lugar de la naturaleza como voz o destinatario. Dichas categorías han brindado un marco para interpretar poemas desde un eje teórico amplio, considerando tanto la dimensión estética y espiritual como la perspectiva ética y socioambiental. Al entrelazar el registro sensorial con lo trascendente, la denuncia y la crítica del antropocentrismo, la literatura confirma su capacidad de abrir nuevos horizontes donde lo humano y lo no humano convergen para revelar la profundidad de la existencia y la necesidad de cuidar el entorno que compartimos.

Referencias bibliográficas

- Bachelard, G. (2022). *El agua y los sueños: Ensayo sobre la imaginación de la materia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2021a). *El aire y los sueños: Ensayo sobre la imaginación del movimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2021b). *La tierra y las ensoñaciones del reposo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2021c). *La tierra y las ensoñaciones de la voluntad*. Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2021d). *Psicoanálisis del fuego*. Fondo de Cultura Económica.
- Baudelaire, C. (2022). *Las flores del mal* (A. Martínez Sarrión, Trad.). Alianza Editorial.
- Coccia, E. (2020). *La vida de las plantas: Una metafísica de la mezcla*. Ediciones Alpha Decay.
- Eliade, M. (1981). *Lo sagrado y lo profano* (L. Gil, Trad.). Guadarrama / Punto Omega.

- Emerson, R. W. (2020). *Naturaleza* (E. Ábalos, Ilus.; A. Catalán, rad.). Nórdica Libros.
- Goethe (s.f.). *A la luna*. <https://ciudadseva.com/texto/a-la-luna/>
- Lucrecio (1918). *De la naturaleza de las cosas: Poema en seis cantos* (J. Marchena, Trad.). Librería de Hernando y Compañía.
- Swedenborg, E. (2002). *Del cielo y del infierno* (M. Tabuyo y A. López, Trads.). Ediciones Siruela.
- Thoreau, H. D. (2021). *Walden*. Editorial Alma.
- Thoreau, H. D. (2017). *Caminar*. Angle Editorial.